

# VIDA EN ABUNDANCIA

Navidad. Paz en la tierra. Pero no la paz de los cementerios.

La tragedia de Armero en Colombia nos estremeció. Unos 25 mil muertos.

Inmediatamente muchos se dispusieron a ayudar.

Pero resulta que cada nueve días sucede en América Latina la misma desgracia. Unos 25 mil niños mueren de hambre. Un millón de niños mueren cada año producto del hambre y la desnutrición. Y, ¿qué hacemos?

En nuestro país hay más de un millón de desempleados. Según un documento del Consejo Venezolano de la Industria, para finales del presente año 1985 el desempleo llegará al 17 por ciento.

Los obispos norteamericanos calificaban de moralmente grave una situación con un 5 por ciento de desempleados. ¿Qué hay que decir entonces de nuestro 17 por ciento?

No queremos referirnos aquí al cinismo con el que se ordena a la policía detener a los jóvenes que no tengan carta de trabajo.

Ni queremos criticar el que después de cuatro años de proyectos se piense ahora ayudar a cien mil familias de Sucre y Trujillo con el paquete alimentario. Sólo lamentamos que no se atienda al millón de familias necesitadas.

Un 42 por ciento de los venezolanos viven en pobreza crítica, necesitan gran parte de sus ingresos para sobrevivir. Otro 38 por ciento viven en pobreza relativa. Más del 80 por ciento de nuestra población vive en la pobreza. Más de un millón de familias venezolanas viven en condiciones de extrema pobreza. Con casi dos millones de niños menores de cinco años.

No nos interesan aquí las explicaciones económicas de la situación. Nos las sabemos de memoria. Faltan puestos de trabajo porque hay poca inversión. Se invierte poco, porque no hay un ambiente de "confianza" para el empresariado.

Ya sabemos que "ambiente de confianza" son ganancias mínimas aseguradas del 30 por ciento. Economía no es beneficencia.

El dinero no tiene ni patria ni corazón. Mientras en Venezuela sean posibles ganancias del 50 por ciento y mayores, es económicamente imposible que haya inversiones productoras de puestos de trabajo. Se gana más en el comercio.

Si seguimos jugando al "Monopolio" sin límites, la consecuencia lógica tiene que seguir siendo una catástrofe semanal como la de Colombia. Es económicamente imposible que sea de otra manera.

Si queremos evitar esas muertes hay que jugar a otra cosa. Hay que cambiar las reglas del juego. Nadie puede ganar más del 30 por ciento. Nadie puede ganar 30 veces más que otro.

¿Quién puede tomar la iniciativa? Está claro que es económicamente imposible que los privados lo hagan. Luego lo tiene que hacer el gobierno.

Y es políticamente imposible que el gobierno lo haga mientras no gobierne el pueblo. Hay que devolver al pueblo sus asociaciones de vecinos, sus sindicatos, sus partidos políticos, sus medios de comunicación social y su educación.

Y se ve que es políticamente imposible que las autoridades lo hagan voluntariamente. Tienen que ser las bases quienes lo exijan.

Vivimos una época en la que ya no es bueno el que sólo cumple bien con su obligación. Somos cómplices de asesinato colectivo si no luchamos contra un juego económico que acarrea necesariamente la condena a muerte de millones.

¿Qué comen los venezolanos de las familias desempleadas? Nos lo planteamos como un problema intelectual. Descomprometidos con esos miles de conciudadanos que diariamente amanecen sin saber si comerán y qué, que venden café, empanadas, tostones, para no robar, que piden prestado al amigo o al usurero que les exigirá el doble semanal, que viven de la heroica solidaridad de los más pobres, que —como dijo muy bien Zapata— siempre viven del "fiao", porque su única operación de "contao" es la de los cuentos que les han contao.

Yo soy bueno. No mato. Pero si a mi lado se comete un asesinato y no hago nada por evitarlo, yo soy cómplice de ese asesinato.

Estados Unidos tiene un déficit presupuestario de unos doscientos mil millones de dólares por su carrera armamentista y reducción de impuestos. Una forma de atraer

capitales es elevar los intereses de sus bancos. Los capitales que van allá desde América Latina son cómplices de esas muertes que se preparan. Y nosotros somos cómplices por permitir que salgan esos capitales. El pago de la deuda externa latinoamericana se está haciendo en muchos países a costa del hambre y la necesidad de los pobres. Y nosotros somos cómplices por permitir esos pagos.

Nos pueden molestar estos problemas, por nuevos y complicados. Nos viene la tentación de hacer como el avestruz, y meter en tierra la cabeza para no verlos. Pensando que así nos libramos de la responsabilidad.

O miramos de frente los problemas y planteamos la pregunta: "Y, ¿qué podemos hacer?" "¿Quién nos puede decir lo que podemos hacer?" Porque si no podemos hacer nada, si nadie nos puede decir lo que podemos hacer, entonces no estamos obligados a hacer nada. Nadie está obligado a lo imposible.

¿No podemos hacer nada? ¿No estamos obligados a intentarlo? ¿Hay alguien fuera de nosotros que nos puede decir lo que tenemos que hacer? ¿Hay algo que se pueda conseguir sin nuestra propia búsqueda?

Sólo se libra de la criminal complicidad el que lucha contra ese juego económico homicida. Una lucha tan difícil es políticamente imposible hacerla individualmente. Sólo se libra de responsabilidad en el crimen el que lucha unido y organizado contra este juego económico, político e ideológico.

"Les traigo una buena noticia, una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: que les ha nacido un salvador: el Mesías, el Señor".

No nos ha nacido alguien que nos va a solucionar los problemas sin nuestra participación. Sino alguien que nos da la fuerza para enfrentarlos. Para solucionar unidos.

En Navidad nace un Niño. El primero de muchos. Nace una familia. No estamos huérfanos. Crecemos para la tarea.

Nadie nos va a ahorrar el esfuerzo. Nadie nos va a explicar cómo lo debemos hacer. No está en los libros. Lo tenemos que inventar. Lo tenemos que experimentar. Cada día.

Inventar nos encanta. Experimentar ya nos cuesta más. Requiere mucha paciencia. Y cuando se trata de seres humanos hay que respetar su libertad. El entusiasmo tiene que ser virulento para ser contagioso.

Decía un suizo: "La vida en Suiza enseña que, hasta la montaña más alta puede ser escalada paso a paso".

¿Nos animamos a hacer la prueba? Jesús, a quien recordamos en Navidad, vino a traer la vida y vida en abundancia. En comunidad.

¿Aceptamos su invitación?

En Navidad

*obsequie una suscripción a la*

revista 

UN REGALO NAVIDEÑO QUE SE RECUERDA TODO EL AÑO